

honrada y alegre fisonomía manifestaba sesenta años; es decir, los mismos que su mujer.

Al ver á su madre, saltó Adoración del regazo de la anciana y fué á encontrarla, entrando después en el comedor apoyada en el brazo de Evangelina.

Una humeante sopa de arroz con hierbas, colocada en el centro de una anchurosa y blanquísima mesa, perfumaba el comedor; á su lado lucía el succulento y sabroso cocido de Navarra, de gruesos garbanzos, harinosas patatas, excelente vaca y embutidos caseros, confeccionados por las limpias y diestras manos de la tía Damiana; el otro lado de la sopera de loza estaba flanqueado por un plato de pescado frito, y en los cuatro ángulos de la mesa se veían aceitunas, queso, almíbar y una enorme empanada de liebre.

El servicio era blanco y modesto; la plata gastada y antigua; el cristal liso y sencillo, pero diáfano de limpieza.

—¡Oh, qué gusto! ¡Sopa de arroz con pepinillos y perifollos y empanada de liebre!—gritó Adoración batiendo las palmas y saltando como un cervatillo.

—Vamos, juicio, niña—dijo Víctor acabando de servir la sopa á su madre y tomando el plato de Evangelina para servirla á su vez.

Calló Adoración, sentóse, y no bien tuvo su

plato provisto se puso á comer gravemente la enorme cantidad de sopa que su hermano había puesto en él.

VII

Evangelina había quedado sin padres cuando apenas tenía ocho años; la noble doña Catalina, hermana de su padre, la abrió sus brazos y la acogió en su casa, no obstante ser viuda, sin recursos apenas y madre de dos hijos. Víctor, el mayor de ellos, contaba sólo quince años; Adoración no había cumplido tres.

Catalina de Rivera, hija de un antiguo y benemérito militar, casó, al cumplir veinte años, con un empleado de corto sueldo, pero joven, simpático, espiritual y dotado de bellísimas cualidades; difícil hubiera sido decir quién estaba más enamorado de Sandoval, si la novia, el padre ó el hermano único de ésta; el anciano idolatraba á su yerno, y en cuanto al hermano de Catalina era una verdadera pasión la que tenía por él.

Algunos meses después del casamiento de su hermana se unió Julián de Rivera con una bella y adorable joven de una familia noble, pero pobre; él acababa de hacerse abogado, y por el pronto probaron unidos la escasez y la felicidad.

Como si sólo hubiera esperado ver asegurada la suerte de sus hijos para dejar esta vida, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

padre de Julián y Catalina exhaló el último aliento algunos meses más tarde, y su alma santa fué á unirse al cielo con la de su esposa.

Seis años después, el cólera, aun no declarado en España, arrebató á la esposa de Julián, y éste fué presa de tan agudo dolor, que á no contrarrestar su fuerza el amor de su hija hubiera puesto fin á sus días.

Empero bien poco tardó en aparecer el terrible azote con todo su furor; no habían pasado dos años cuando ya gemían los pueblos acosados por sus devastadoras huellas, y, al dejarse sentir en Madrid, el esposo y el hermano de Catalina fueron del número de sus primeras víctimas.

La pobre mujer huyó entonces de la corte y su pestilente atmósfera con sus hijos y con la huérfana de su hermano; habíanla dicho que Navarra era la única provincia de España que por entonces estaba libre de la epidemia, y que tal vez se libraría de ella por la pureza de sus aires y la extensión de sus inmensas campiñas, y Catalina corrió á refugiarse en Aybar, pequeña aldea, pero alegre, sana, y en la cual podía vivir á muy poca costa.

La infeliz viuda contaba, por todo recurso, con una pensión de Montepío muy corta, y por apéndice nominal, pues no la cobraba con la puntualidad que hubiera deseado, en atención á

los apuros del erario; por lo tanto, calculó que en aquel rincón del mundo podría más fácilmente equiparar sus gastos con los ingresos, y que encontraría quizás más beneficios para sus hijos que en una población grande.

Otros dos motivos además la habían conducido á aquel punto: en Aybar habitaban su honrada nodriza, que era oriunda de allí, y don Anselmo González, antiguo conocido de su familia, en los cuales tenía seguridad de hallar apoyo y protección.

Don Anselmo había sido vecino del padre de doña Catalina cuando aquél estaba establecido en la corte; el buen hombre, aunque sencillo y ajeno al trato del mundo, era tan bondadoso y tan apreciable por su honradez, que el anciano Rivera, no obstante sus hábitos aristócratas, no tardó en aficionarse á él y acabó por convidarle para que le hiciese todas las noches la partida del tresillo.

El boticario era viudo; su hijo único, Luis, que entonces contaba diez y seis años, resumía para él todos los amores de la tierra; cuando éste no se encontraba en casa, por estar ocupado en sus estudios, D. Anselmo se aburría detrás de su mostrador, tomaba veinte veces un libro, que volvía á dejar sin leer, se paseaba á lo largo de su trastienda, y sólo se distraía cuando entraban á comprarle algún medicamento.

Así, pues, la amistad de la familia de Rivera le fué sumamente agradable, y cuando Catalina fué á establecerse en Aybar, adonde él se había retirado, dejando en Madrid á Luis hecho doctor en medicina, encontró la pobre viuda en D. Anselmo un segundo padre.

Valiéndose de mil ingeniosos artificios para no herir la susceptibilidad de Catalina, le alquiló una modesta, pero linda casita, y la amuebló por su cuenta, sencillamente, pero con comodidad; cuando Catalina quería mostrarle su gratitud la aseguraba que le había hecho un gran favor en desembarazarle de aquellos muebles que le incomodaban y que no sabía dónde colocar; en cuanto á la casa, afirmaba que le pertenecía, que hacía mucho tiempo que estaba desalquilada, y que, por lo tanto, él era quien debía estarle reconocido porque tenía la bondad de ocuparla y cuidar de su limpieza, pues de lo contrario, por la escasa vecindad del pueblo tendría que estar cerrada, etc., etc.

Hizo además venir de Estella un maestro de música y otro de dibujo para Evangelina y Víctor, y se compuso con ellos de modo que el uno aseguraba á Catalina que ofendería su delicadeza si trataba de remunerarle su trabajo, porque era rico, y si algún valor tenían sus lecciones sólo aspiraba á cobrarle en amistad; del otro le habló el mismo D. Anselmo y le dijo que lo me-

yor que podía hacer para recompensar sus desvelos era enseñar á su vez á bordar y coser á una niña que tenía el maestro de la edad de Evangelina.

Víctor había nacido pintor: en poco tiempo hizo rápidos adelantos, y al cumplir diez y siete años verificó don Anselmo un viaje á Madrid, pidiendo permiso á Catalina para llevarse á su hijo.

La pobre viuda, á cuyo perspicaz talento no podía escaparse lo que debía á don Anselmo, accedió gustosa á los deseos de éste, pero aprovechó su ausencia para despedir al maestro de dibujo, en cuya riqueza jamás había creído.

Durante aquel viaje pensó mil veces la pobre Catalina en la suerte venidera de su hijo.

—¡Si al menos—decía—se hubiera separado de mi lado para ir en busca de una carrera que asegurase su porvenir y el de estas pobres niñas! ¡Pero le están cerrados, por falta de medios, todos los caminos del saber y de la gloria!

Sin embargo, cuando recibió una carta de don Anselmo, en la cual anunciaba su próximo regreso, latió de gozo su corazón, y el día señalado salió con Evangelina para esperarlos á una hora de la aldea. ¡Mas cuál fué su asombro al ver llegar solo al boticario! Asustada, pálida y temblorosa, apenas tuvo fuerzas para preguntarle por su hijo.

—Se ha quedado en Madrid con Luis—dijo el anciano;—mi hijo me pidió que se lo dejase para que le acompañara, y yo he accedido sin consultar á usted.

—Pero, ¡Dios mío, yo no puedo sostenerle allí! ¿Qué va á hacer?

—¡Eh, eh... sostenerle! Bastante sostén necesitan ellos... vida de estudiantes... Vaya, vaya, señora, ya se compondrán...

Al decir esto entregó á Catalina una carta y un paquetito de parte de su hijo, y se fué á su casa á paso largo, sin cuidarse de preguntarle si quería que la acompañase.

Víctor decía en la carta que había accedido á quedarse con Luis, porque, según éste le había dicho, podría estudiar en Madrid buenos modelos y adelantar en la pintura; que no tuviese pena por él, porque el cuadro de la Resurrección que se había llevado, original suyo, lo había vendido en 1.000 rs. á un inteligente, y que estaba seguro de hacer otro mejor antes de que se le acabase el dinero; el paquetito que acompañaba á la carta contenía una sortija de oro para su madre, con la fecha del día en que se vendió el cuadro, y una caja con dos gorritos de encaje para las niñas.

Catalina alzó al cielo sus ojos nublados por el llanto de la más viva alegría, y le dió gracias fervorosamente, porque al fin deparaba un por-

venir á su querido hijo; besó la sortija una y mil veces y la colocó en su dedo anular llena de orgullo.

Cuando llegó á su casa se arrodilló con las dos niñas ante la mesita de altar que había en su alcoba y rezó con ellas largo rato, haciendo repetir á la pequeña Adoración, en su gorjeo infantil, la oración del ángel.

Un año pasó Víctor en Madrid al lado del joven doctor; durante este tiempo envió á su madre cuanto dinero pudo ahorrar, llegando á veces á remitirle gruesas sumas; entonces Catalina, con súplicas y razones, consiguió del boticario que admitiese el precio de los muebles y un modesto alquiler por la casita que ocupaba; después guardó sus ahorros, y no bien fueron éstos suficientes, compró un terreno en el pueblo y empezó á edificar la quinta, á la cual hemos dado el nombre de Casa Blanca.

Entonces recibió una carta de Víctor, en la que le pedía permiso para acompañar á Luis á un viaje que iba á hacer á Italia, añadiendo que esto lo perfeccionaría en su arte.

La buena madre accedió, aunque con sentimiento; empleó la gruesa suma que recibió con la carta antedicha en acabar de edificar su casa, y á principios del año próximo se trasladó á ella.

Dos años más tarde volvió Víctor á los brazos

de Catalina; traía poco dinero, porque había gastado el tiempo en estudiar, pero venía rico de talento é inspiración; llegó á tiempo, porque su madre cayó poco después peligrosamente enferma, y gastados en edificar la quinta todos sus recursos, sólo los de Víctor pudieran haberla salvado.

El joven quedó asombrado al ver á Evangelina; su belleza era ya, aunque contaba sólo once años, superior á toda ponderación, y no tenían igual la ternura y bondad de su corazón y la delicadeza y perspicacia de su talento.

Su hermosura, empero, llenaba el alma de una dolorosa admiración por su carácter melancólico y purísimo; era uno de esos seres marcados de antemano para el cielo, y que, demasiado buenos, tiernos y hermosos para el mundo, sólo aparecen en él de cuando en cuando y durante muy corto tiempo, como luminosos meteoros.

Durante la enfermedad de su tía fué cuando Evangelina desplegó todas las admirables dotes de su carácter: atendía á la enferma con tanto esmero y cariño como la hija más amante, y á pesar de su corta edad no consintió en acostarse una noche siquiera hasta que estuvo fuera de peligro.

Su cariñosa solicitud se extendía hasta Adoración: ella puede decirse que la educaba; enseñóle á leer, á escribir, música y los primeros rudi-

mentos del dibujo, que ella había aprendido; la vestía, peinaba y cuidaba con extraordinario esmero, y no había otro medio para contener la traviesa vivacidad de la niña que el que Evangelina la amonestase ó la reprendiese suavemente.

Evangelina era de carácter dulce y apacible, pero grave y melancólico, mucho más de lo que á su edad convenía; su índole sufrida, paciente é inclinada á la contemplación, no la aconsejó nunca los ruidosos juegos propios de su edad; habíale regalado su tía un blanco corderillo, y su mayor placer consistía en ponerle al cuello una cinta de color de rosa y salir con él al campo; allí, mientras el animal pacía y saltaba en la verde hierba, ella se sentaba al pie de un árbol y permanecía contemplando el cielo hasta que las primeras sombras del crepúsculo envolvían la luz de la tarde.

Cuando la señora de Sandoval estuvo restablecida, Víctor volvió á Madrid; la enfermedad de su madre había agotado sus recursos y tenía que trabajar con nuevo ardor.

La vida de doña Catalina y de sus hijos (así llamaba también á Evangelina) siguió su curso uniforme y tranquilo. Adoración, mediante las lecciones de su prima, se hizo muy hábil en toda clase de costuras y bordados, y adelantó rápidamente en la música; pero su revoltoso carácter

se hacía verdaderamente insoportable hasta para su propia madre, que no sabía cómo contener aquella turbulencia: Evangelina, sin embargo, encontraba siempre disculpas para la niña; zurcía sus vestidos mientras dormían todos, para evitarle los castigos de su madre; limpiaba sus cabellos de las hierbas y flores con que tenía costumbre de enredárselos; lavaba sus manos y cara á cada instante, embadurnada con la tierra del jardín; siendo Adoración sumamente glotona, aseguraba, cuando faltaba algo de la despensa, que la niña no se había separado en todo el día de su lado, é iba luego á rogar á la buena Damiana que dijese á su tía que ella era quien lo había gastado.

Cuatro años se pasaron reinando la más completa paz en el seno de esta tranquila familia. Víctor seguía adquiriendo gloria y dinero en Madrid, desde donde remitía á su madre algunas sumas, bastantes á proporcionar á ésta una decente y cómoda existencia. Don Anselmo la acompañaba por las noches, y el cura de la aldea, anciano respetable, la visitaba con mucha frecuencia.

Un acontecimiento inesperado vino á llenar de alegría el corazón de doña Catalina: la madre de Evangelina, oriunda de Alemania, tenía en Francfort un tío lejano poseedor de una inmensa fortuna; una corta enfermedad le arrebató la

vida, y sus riquezas pasaron á ser propiedad de la hermosa niña, que se entristeció al pensar que el ser ella rica costaba la vida de una persona á quien amaba, no obstante no haberla conocido.

La fortuna de la joven fué entregada á su tía y tutora; consistía todo en dinero; pero doña Catalina creyó oportuno emplear una parte de ella en fincas, y comisionó á don Anselmo para que comprase dos casas en Madrid, adquiriendo ella por sí misma una hermosa casa de campo á pocas leguas de Estella y algunas tierras productivas en sus inmediaciones; colocó el resto del caudal en casa de un banquero de probidad reconocida y resolvió guardar intactos los intereses para unirlos al capital el día que Evangelina se casara.

Así, pues, la joven siguió viviendo bajo el amparo de su tía, vistiendo modestamente, y en breve olvidó que era rica.

No así Víctor, que habiendo ido á pasar algún tiempo con su familia para descansar de sus trabajos artísticos, quedó ciegamente enamorado de su prima; la nueva de su riqueza le traspasó el corazón, y hubiera dado la mitad de su vida porque aquel caudal hubiera desaparecido.

Algunos días después de Víctor llegó á la aldea el conde de San Telmo; ya sabemos que la misma tarde vio de lejos á Evangelina, y que

decidió su conquista para precaverse del aburrimiento que temía.

Pero lo que al principio ideó como un pasatiempo se convirtió en un propósito firme cuando supo por don Anselmo que Evangelina era muy rica; la belleza, la angelical virtud de la joven nada decían á su corazón, endurecido por los vicios; pero aquel caudal podía salvarle de la miseria que veía próxima y abrirle de nuevo el mundo con todos sus placeres.

Comenzó, pues, á asediar á la joven; en misa, en paseo, en todas partes se ofrecía ante sus ojos; había intentado, en vano, conseguir que don Anselmo le presentase en casa de la señora de Sandoval, porque el honrado anciano, informado, aunque muy ligeramente, por su hijo, de los antecedentes de Octavio, y adivinando las siniestras intenciones de éste con respecto á Evangelina, había esquivado siempre con firmeza el llevarle cerca de ella, advirtiéndole, por el contrario, á doña Catalina, de las intenciones del conde para que celase á la joven; no le quedaba, pues, más recurso que entablar con Evangelina una correspondencia secreta, de la cual tenía que ser portador Roberto, porque el anciano matrimonio que servía en la quinta por ningún precio le hubiera prestado semejante servicio.

Pero el ayuda de cámara era sagaz y versado en tales asuntos. Evangelina fué abrumada á

cartas, é impresionada además fuertemente por la belleza del conde y seducida por sus encantadores modales, cayó en el lazo y contestó á aquellos apasionados billetes, que fueron encendiendo lentamente en su corazón la hoguera voraz del primer amor.

Inútil fué que doña Catalina huyese de los sitios donde solían encontrar al conde; en vano que no dejase salir á Evangelina y que la reprendiese muy formalmente; sólo consiguió ver enflaquecer á la pobre niña y adelgazarse como una sombra, y que los vecinos del lugar, al notarla con ella severa y hasta dura, la tomaran ese odio que las sencillas gentes del pueblo conciben instintivamente por todo aquello que creen injusto.

Algunos, sin embargo, que, como Pedro, habían sorprendido al conde dando una carta á Evangelina á través de la verja que rodeaba su casa, disculpaban á la señora de Sandoval por el rencor que mostraba á aquel orgulloso personaje que jamás les daba los buenos días; pero compadecían profundamente á Evangelina, á quien todos amaban con la más viva ternura por su caridad para los pobres, su bondad, su dulzura angelical y su hermosura, que ellos creían superior á la de un querubín.

¿Habría, en efecto, quien pueda culpar á esta adorable joven por la desgracia de haber conce-

bido una pasión profunda y contrariada? ¡Ah! Yo estoy bien cierta de que los que abriguen un corazón sensible serán indulgentes con ella, perdonando el extravío de su amor en gracia de las santas cualidades de su alma.

VIII

Terminada la comida se encaminaron todos á la sala de labor.

Evangelina y Adoración se pusieron á devanar una madeja de estambre; Víctor buscó un libro, se sentó junto á su madre y se disponía á leer cuando apareció D. Anselmo en el umbral.

—Supongo, niñas, que ya habréis comido—dijo dirigiéndose á las jóvenes.

—Sí, señor—se apresuró á contestar Adoración.

—Pues entonces—prosiguió D. Anselmo, vamos á ver si entre todos conseguimos de mamá que os otorgue su permiso para venir á visitar mi caserío. ¿Qué le parece á usted mi proposición, señora?—añadió el anciano frotándose las manos y aproximándose á doña Catalina.

—Lo que me parece, D. Anselmo, es que me las está usted pervirtiendo—repuso la señora de Sandoval.—¡Además, está tan lejos!...

—No hay miedo de que los caballos se cansen; vamos, vamos, niñas, á vestir.

Las dos jóvenes miraron á su madre, pero permanecieron inmóviles.

—Id, hijas mías—dijo doña Catalina bondadosamente. Adoración soltó la madeja y salió saltando de alegría.

Evangelina, cuyo triste semblante se había animado de un vago placer, la siguió, encaminándose ambas á vestirse.

—Encarga á Francisco que prepare los caballos, hijo mío—dijo doña Catalina—y cuida de que las sillas vayan bien seguras.

—¡Pero qué! ¿No nos acompaña Víctor?—preguntó don Anselmo.

—Voy á leer un rato á mi madre—contestó éste saliendo de la sala.

—¡Si supiera usted cuán noble y bueno es!—exclamó la señora de Sandoval, siguiendo á su hijo con una mirada de profundo cariño.—Fígúrese usted que tiene la paciencia de leerme el *Tesoro del Cielo* y la *Guirnalda de los Santos*.

—¿Y qué cosa más natural?... ¡No faltaba más sino que se negase á complacer á su madre en una cosa tan pequeña!

—Pero él, acostumbrado al mundo...

—¡El mundo... el mundo!... Los mejores atractivos que el mundo encierra para un buen hijo son sus padres, á quienes debe la existencia y, por consiguiente, cuanto vale.

Este diálogo se prolongó hasta que Evangeli-

na y Adoración se presentaron en la sala; ambas vestían sencillos trajes de montar de merino oscuro, y sus sombreros, de fieltro gris, eran de idéntica hechura y estaban igualmente adornados con una rizada y graciosa pluma.

Los cabellos de Evangelina caían en largos y elásticos rizos hasta sus hombros; los de Adoración, recogidos en gruesas y apretadas trenzas, rodeaban su rostro fresco y encantador.

—Ya tenéis los caballos dispuestos—dijo Víctor apareciendo en el umbral.

—Montad, pues, hijas mías, mientras yo voy á buscar mi mula—dijo don Anselmo levantándose;—usted, señora, no tenga cuidado; dentro de dos horas estaremos de vuelta, y no nos espere antes porque no pienso volver hasta que vea apurar á Evangelina un jarro de leche recién ordeñada y saciarse de correr tras las gallinas del corral á Adoración.

Al decir esto desapareció el anciano, y las dos jóvenes, después de abrazar á su madre, bajaron al patio con Víctor, que las ayudó á montar. Doña Catalina las miraba desde el balcón del comedor, del cual no se separó hasta que las vió marchar seguidas de don Anselmo, que montaba una colosal y pacífica mula.

El hermoso rostro de Evangelina se animó no bien hubo salido al campo; sus ojos tomaron una expresión de gozo que hacía largo tiempo

no se advertía en ellos, pues por un efecto de la continua lucha de su amor hacia el conde con la obediencia que debía á su bienhechora; se había apoderado de su corazón tan honda y voraz melancolía, que había alterado sus facciones, puras y suaves poco tiempo antes.

En aquella hermosa tarde, la influencia benéfica del aire libre y la vista del radiante y despejado cielo infundieron la tranquilidad en su ánimo; seguía placentera el raudo vuelo de las aves que cruzaban el espacio y reía alegremente con las traviesas ocurrencias de Adoración, que gritaba, cantaba y hablaba más que una cotorra.

—En cuanto llegue—decía—voy á dar de comer á los pollos.

—Y yo á coger un ramo de flores para mi tía—añadió Evangelina.

—Lo primero de todo, así que lleguemos, será tomar algo que conforte nuestros estómagos—repuso á su vez don Anselmo.

Las jóvenes, deseosas de llegar, pusieron al trote sus caballos, descargándoles un golpe con el latiguillo que llevaban en la mano: don Anselmo hubiera querido imitarlas, pero no le fué posible apresurar el paso de su cabalgadura por más que tiró de las riendas y le clavó sus acicates.

Al llegar á la puerta del caserío, un robusto mozo cogió por las bridas á los caballos, y Evan-

gelina y Adoración saltaron al suelo muy contentas; una joven bien vestida las acompañó á una salita, en el centro de la cual se veía una pequeña mesa preparada sin duda de antemano y cubierta de frutas secas, queso, manteca, miel, conservas y pasteles.

Poco tardó en oirse la marcha acompasada de la mula de don Anselmo, que desmontó pausadamente y se dirigió en busca de sus amigas.

—Me voy al corral—exclamó resueltamente Adoración.

—Un poco de paciencia, niña, un poco de paciencia—repuso el anciano;—ahora están ordeñando leche de la vaca bretona para Evangelina, y hasta que la encierren no puedes bajar á jugar con los pollos y palomas. ¿No quieres comer algo entre tanto? A mí se me figura que estos pastelillos de dulce te han de gustar.

Al decir esto don Anselmo se sentó á la mesa, obligando á las jóvenes de ese modo á que siguiesen su ejemplo, al mismo tiempo que el hortelano traía un jarro blanco lleno de leche humeante.

El anciano llenó un vaso ó hizo que lo bebiese Evangelina; luego puso algunas pastas en el plato de Adoración, y en seguida empezó él á comer tranquilamente.

—Vaya, ya podéis correr, si queréis, hijas mías—dijo á las jóvenes cuando vió que habían

concluido.—Adoración, di al jardinero que te dé grano para las gallinas; tú, Evangelina, encontrarás ya buenas flores al fin del jardín, hacia la derecha; vamos, andad, que es preciso hacer un poco de ejercicio para que toméis otro refrigerio antes de marchar.

Ambas salieron de la estancia; pero en tanto que Adoración llamaba á gritos al jardinero, Evangelina se dirigió sola al jardín, que estaba esmeradamente cuidado, y cuyas extensas calles, formadas por altos árboles que ya empezaban á reverdecer, veíanse cubiertas de una arena muy fina.

Una de ellas desembocaba en una hermosa floresta, en cuyo centro y sobre una mesa de piedra estaba colocada una espaciosa pajarera, donde revoloteaban alegres infinitos pájaros de mil colores, que prestaban con sus trinos y gorjeos un indescriptible y poético encanto á aquel sitio ameno y solitario.

Ya abrían algunas flores tempranas los cálices impregnados de suaves aromas, y los olorosos arbustos se iban cubriendo de perfumadas hojas.

Evangelina dió vuelta á la floresta, que lindaba con la tapia que cercaba al jardín, y en la cual se veía una puertecilla abierta que daba á la campiña.

La joven se acercó á ella casi maquinalmente;

pero sus ojos se clavaron asombrados en el hermoso espectáculo que se desplegaba ante ellos.

Un bosquecillo formado de acacias, cinamomos y tempranas madre selvas se tendía á sus pies; cubríalo una alfombra de margaritas, de esas encantadoras y blancas estrellas que vienen á anunciarnos la aromada primavera al soplo primero del ambiente; una fuente saltaba en medio, y en el pilón de piedra habían brotado algunas hierbecillas, nacidas de las simientes que los pájaros habían dejado caer entre sus grietas.

Evangelina, arrastrada por su naturaleza poética, penetró en el bosque, y en vez de seguir cogiendo flores se sentó, contemplando embebecida aquel divino paisaje.

De repente oyó detrás de sí, y entre el espeso follaje de las acacias, un confuso ruido; volvióse asustada, y sus labios no pudieron contener un grito al ver á sus pies al conde de San Telmo.

IX

—¡Evangelina! ¡Evangelina mía! ¡Al fin te veo!—exclamó Octavio apoderándose de una de las manos de Evangelina y llenándola de besos;— ¡al fin te puedo hablar! ¡Oh! ¡Casi no me atrevo á creer tal exceso de dicha!

—Octavio!... ¡Tu aquí!... balbuceó la joven,

cuyos grandes ojos retrataban un profundo terror. Vete, pueden venir Adoración ó don Anselmo; vete por Dios!...

—¡Que me vaya, cuando vengo siguiéndote desde el pueblo con tanto afán!... ¡Que me vaya, cuando el cielo me depara la ocasión de hablar por la primera vez á solas contigo!... ¡Que me vaya, cuando me es dado poner término á la angustia que consume mi vida!... ¡Oh, lo que me pides es un imposible!

—¿Pero qué es lo que deseas?

—Escuchar tu decisión; cerciorarme de que el amor que me has prometido en tus cartas es una verdad... saber de una vez á qué atenerme y calmar la amarga pena que tan horriblemente me martiriza.

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Evangelina, que inclinó la cabeza, cubriéndose el semblante con el pañuelo.

Entonces la fisonomía del conde cambió de repente: á su expresión apasionada substituyó otra de irónico desdén; una sonrisa triunfante entreabrió sus labios, y clavó una mirada de burlona lástima en la pobre niña, que permaneció llorando con la cabeza inclinada hacia el suelo.

Evangelina levantó al fin sus grandes y tristes ojos; más cuando los fijó en los del conde el semblante de éste había ya recobrado su máscara de apasionada tristeza.